

Eligiendo el Cristal

Instituto Superior Antonio Ruiz de Montoya

Nivel Superior

Profesorado de Educación Secundaria en Historia

Primer Año

Teología I

Profesora: Barrios, Mirta

Estudiante: Chidichimo Gimenez, Gonzalo Ivo

Ciclo Lectivo 2022

Empecé a hablar con este chico, conocido mío de hace ya varios años, no fue difícil para él decirme como le fue en el día. Lo invité a sentarse en mi cama, y recostarse mientras yo anotaba algunos puntos que creía importante de lo que me decía.

-Voy a ser tu psicólogo por 15 minutos., le dije mientras se acomodaba.

Simplemente me contó su día hasta ahora, se veía bien, se veía muy bien. Parecía que no tuviera ningún problema, por lo que empecé a pensar que no iba a tener nada interesante que decir.

Me contó que había visto una película, muy buena según él, que le había revivido las ganas de recomenzar un viejo hábito cuya pasión por el mismo creía muerta. También que tenía ganas de aprender a cocinar un poco más, sería interesante aprender a hacer que la comida aparente ser deliciosa.

Nos costaba seguir con la charla, nos conocemos hace mucho y nos reíamos con solo pensar, realmente nos conocemos demasiado bien. Sabemos lo que piensa uno del otro, y sabemos lo que el otro piensa.

También creo que probablemente tenga muchas cosas que decir y 15 minutos no serían suficientes para nada. Quizá serían suficientes para freír unos huevos, o aprender una canción, pero no para contar una vida. Tampoco serviría que me cuente lo mal que se siente cuando sus amigos lo maltratan o cuando ve cosas que no debería ver nunca.

Definitivamente el tiempo no alcanza, quizá nunca lo haga. Quizá si en vez de 15 minutos, fueran 30, o una hora, o varias horas, tampoco baste. Con varias horas podría hacer muchas otras cosas, una comida a fuego lento, o hacer una canción propia con todos los acordes y la estructura musical, pero definitivamente no podría contar una vida ¿Cómo se cuenta una vida entonces? Si le hiciera esa pregunta a un músico, diría que con una canción. Si se la hiciera a un pintor, diría que con una pintura. Si se la hiciera a un filósofo, diría muchas cosas que probablemente no entendería.

Estuvimos unos minutos callados, no sabíamos bien que decir. Era de noche. Una noche fría, solitaria y muy, muy vacía. El ruido de la bombilla al tomar mate nos guardaba de sumergirnos en el silencio absoluto. Él rompió el silencio:

-Ayer me dio mucho frío cuando caminé por la calle, pensé que no iba a necesitar un abrigo – exclamó - ¿Qué no iba a hacer frío? Pensé, haría calor, o al menos yo tenía calor. Hacía mucho calor para llevar un abrigo ¿Quién llevaría un abrigo cuando se

camina? Cuando uno camina le da calor, es obvio que le da calor ¿Por qué no le da calor? No tiene sentido alguno que no le de calor. Simplemente no lo tiene. No, no lo tiene. Nadie me puede decir que sí lo tenga.

Pensé en distintas posibilidades, calor...frío... son muy relativos. La gente que muere de hipotermia siente que les arde la piel ¿Por qué él no sentía calor entonces? Tal vez realmente no tenía frío, tal vez estaba confundido, muy confundido. Confundió sus propios escalofríos y tiritar con un frío que no existía. Un frío que no existía... Posiblemente no era frío lo que sentía, posiblemente temblaba, pero no de frío ¿Por qué temblaba? ¿Qué siento yo cuando tiemblo? ¿Qué hace a la gente temblar? No acababa de entender del todo, pero sabía que algo le había pasado. Algo lo hizo temblar, quizá él no sepa el qué, quizá ni Dios lo sepa.

Quizá la sonrisa de un niño lo cautivó, la alegría ajena es un muy buen motivo de sentirse realmente feliz. Quizá vio al niño jugar con sus padres y realmente lo llenó de felicidad, felicidad porque sabía que había un niño menos en el mundo que sufriría la desdicha de tener progenitores despreciables. Quizá vio a un perro bien cuidado, con un pelaje hermoso y rubio que pedía a los gritos desenfrenados ser acariciados, y la cara del perro aceptando de manera firme a la gente pasar. O quizá sintió el perfume de una mujer, pasando a su lado, las mujeres siempre saben como causar estragos en entrañas masculinas. Seguramente vio algo por el estilo, algo puro y lleno de vida. Realmente hay muchas cosas por las que temblar, buenas y malas...malas. Cosas malas ¿Cosas malas?

Quizá recordó el pavor de sentir que su vida se iba, y que sería un pobre intento de hombre. Quizá sintió que estaba condenado a no ser feliz, a que simplemente esa función no vino con él. Tal vez no se dio cuenta de que temblaba, porque ya no recordaba la última vez que sintió el calor de la alegría, del reír sinceramente. Parecía no tener ningún problema.

¿Habría visto algo que no debía? Es algo que pasa recurrentemente. Una foto, un mensaje, el ver dos personas agarrándose de las manos, el que sus miradas se crucen, que ríen, que la pasen mejor que vos. A veces la alegría de alguien más nos afecta ¿Nos hace egoístas? Posiblemente sí, posiblemente seamos seres asquerosos. El perfume de la mujer que amas, en el cuello de un hombre que conoces, podría acabar con tu vida. O simplemente podrías convivir con ello y guardar tus propias sensaciones, visiones,

canciones, letras, poemas o temblores. Vivir temblando... ¿Por qué esa no sería una buena opción? Parecía que no tenía ningún problema...

Muchas cosas pasaron por mi mente, cosas que me hubiera gustado que me diga, o que exprese de alguna manera, aunque sea con una mirada torpe. Era todo lo que necesitaba, una mirada torpe. Tal vez con eso pudiera terminar de descifrar el enigma, entender que pasaba con él. Nunca creí en Dios, pero si existía algo allá arriba, solamente rogaba porque me diga algo más. Necesitaba algo más. Algo más. Algo. Más. Necesitaba más. Un golpe al hígado, un reto, una mueca, un beso, algo. Simplemente no podía seguir con la expectativa de saber hasta dónde podría llegar nuestra conversación tan minimalista. Quería saberlo todo, simplemente todo.

Lastimosamente, el tiempo acabó, el cronómetro paró y sonó la alarma. Lo despedí con el último mate, y se fue a su casa.

Creo que pude haber frito unos huevos.